

# **Vulnerabilidad en la diversidad. El caso de Lucía, una mujer trans migrante mexicana**

EDGAR MADRID

DOI: <https://doi.org/10.56019/EDU-CETYS.2025.VELD>

Quien se siente portador de una verdad absoluta no puede tolerar ninguna otra verdad y su destino es la intolerancia. Y la intolerancia genera el desprecio del otro; el desprecio engendra la agresividad; y la agresividad ocasiona la guerra contra el error, que debe ser combatido y exterminado. Y así es como estallan conflictos en los que se producen incontables víctimas.

Leonardo Boff (2003, p. 25)

Si el “sexo es el dinero de los pobres”, su contrapartida simbólica sería, entonces “el dinero es el sexo de los ricos”, ya que ellos pueden comprar, con aquel, ese o cualquier otro servicio.

Ricardo Hill (2004, p. 87)

## **Resumen**

Se presenta el caso de Lucía, una mujer trans mexicana de 57 años que se encuentra en el proceso de migrar legalmente de México a los Estados Unidos. En su relato, cuenta cómo desde niña enfrentó el rechazo de su padre, el miedo a ser diferente y diversas formas de vulnerabilidad social. A lo largo de su vida, Lucía ha sufrido violencia física, discriminación y exclusión

social, pero ha desarrollado estrategias de resistencia. Su historia refleja cómo las personas trans, especialmente en contextos de pobreza y marginalización, enfrentan riesgos adicionales, pero también desarrollan estrategias para seguir adelante, en su búsqueda de aceptación y tranquilidad.

**Palabras clave:** Vulnerabilidad, mujeres trans, Trans migraciones, Frontera México/EEUU, estudios de caso.

Lucía es una mujer trans mexicana, de 57 años de edad. Fue entrevistada en Tijuana, en septiembre de 2024, mientras residía en una casa de apoyo a personas que cumplen con dos características: tener problemas de adicciones y ser una persona cuyo sexo, género o deseo no se ciñe a la heterosexualidad cis-normativa. Características de las cuales Lucía sólo cumplía la segunda. Se trata de un albergue orientado a la difusión del cristianismo, en tanto estilo de vida que fomenta la adopción de la moral cristiana, lo cual, desde su perspectiva, implica el estar libre de adicciones a sustancias y de comportamientos que asocian al pecado. Bajo esta premisa, dicho albergue acoge a personas que (de manera voluntaria o por decisión de sus familiares) ingresan para tener un techo, un alimento seguro y un acompañamiento en su camino hacia la superación de las adicciones, mientras busca fomentar en ellas la aceptación de sus creencias religiosas.

Al momento de la entrevista, Lucía tenía solo un par de semanas de haber llegado a Tijuana (Baja California, México). Viajó desde Guadalajara hasta esta ciudad con la intención de lograr que aceptaran su petición de migrar al país del norte. Ingresó al albergue cristiano porque fue lo que encontró inicialmente como un lugar de acogida; sin embargo, un par de días después de la entrevista logró trasladarse a otra casa-albergue en la que el cobijo no está mediado por el interés en la difusión de la moralidad cristiana. Desde ahí, espera su cita para migrar a los EEUU.

El presente capítulo tiene el objetivo de presentar el caso de Lucía, a manera de testimonio de la vulnerabilidad que subyace, en muchos casos de mujeres trans, a la intención de migrar. El texto se desarrolla por vía de

la exposición cronológica de diversos elementos del relato de vida de Lucía; y de la interpretación de diferentes pasajes de su discurso, bajo el concepto y la idea general de la vulnerabilidad social.

Lucía nació en Guadalajara a finales de la década de 1960. Creció en una familia compuesta por su padre (originario de Coahuila), su madre (originaria en Michoacán), dos hermanas y un hermano. Lucía fue la segunda hija de su familia; es decir, primero nació su hermana mayor, y a ella le siguieron su hermano y su hermana menor. Según relató en la entrevista, tanto su padre, como su madre, llegaron a vivir a Guadalajara desde muy pequeños porque sus respectivos padres (los abuelos de Lucía) se mudaron a esa ciudad. Ella es soltera y no tiene hijos, aunque relató un par de experiencias de vida en pareja en unión libre, de las cuales se hablará más adelante.

Lucía recuerda que desde niña se sentía diferente. No estaba segura de si era niño o niña, pero sí sentía que su orientación la alejaba de lo que su familia esperaba de ella. Según su relato, a la edad de 11 años, mientras estudiaba el quinto año de primaria, pudo confirmar su identificación con lo femenino y su gusto por los hombres. Esto fue relatado de la siguiente manera: "...a los 11 me enamoré por primera vez de un niño; yo de chiquita no sabía, no sabía si era niño o niña, [...] pero como le tenía mucho miedo a mi papá, pues entonces no sabía ni qué" (§ 222). "Él ni se dio cuenta, yo era en silencio [...] dentro de mí; y ahí fue cuando yo confirmé que, pues, me gustan los niños, me gustaron niños" (§ 228). El contexto en el que sucedió este hito de su consciencia de sí, y del descubrimiento de orientación sexual, estuvo marcado por la influencia de una educación en la que la sexualidad no figuraba más allá de una perspectiva moralista, fundamentada en la religión, que ligaba el sexo con el pecado. Atiéndase a su testimonio:

En ese tiempo, a los 11 años, todavía no sabía lo que era el sexo. No sabía lo que era el sexo, nada, nada... No sabía nada. Y menos antes que a uno..., no te explicaban, era un tabú. Y a mí me gustaba ese niño, me gustaba ese niño, me gustaba, me gustaba, yo lo veía, y este, y se hacía bonito cuando lo veía,

y me empezó a gustar. Ahí fue cuando, más, confirme mi identidad. Ahí es cuando ya dije, “no, yo soy diferente” (§ 224).

Sumado a este clima sociocultural, que podría explicarse en términos de la hipótesis represiva de la sexualidad de Michel Foucault, según la cual la historia de la represión de la sexualidad representa en sí misma una historia de la sexualidad (Foucault, 2005, p. 17); estaba la imagen que Lucía había construido en torno a su padre. Es decir, la de un hombre con un carácter fuerte y una tendencia por imponer disciplina, que trataba de guiarla hacia una idea rígida de masculinidad. Su padre, que “...fue judicial federal, del servicio secreto, boxeador, luchador, clavadista...” (§182). Un hombre al que “todo el barrio le tenía miedo [...], toda la familia lo respeta, porque era muy bueno para pelear y luego diario, pues, con pistola” (§ 182). A pregunta expresa sobre la percepción que ella tenía de su padre, profundizó en el tema en los siguientes términos: “...mi papá era una piedra de tropiezo... Era un miedo, un miedo, que no... Tenía que disimular lo más que podía, conforme fui creciendo...” (§ 226).

Sobre la imagen de su padre, Lucía evocó un recuerdo en el que, a sus nueve años, su padre le obligó a disparar un arma de fuego. Lucía, asustada y confundida, obedeció, aunque en contra de su voluntad. Y, según relató, esta es una imagen, entre muchas otras, que ilustran la manera en que su padre no aceptaba la posibilidad de que su hijo no encajara en los roles que él consideraba apropiados para los hombres. Este relato se desarrolló de la siguiente forma:

¡Dispárales! ¡Yo no quiero maricones! Como que ya mi papá ya, pues, ya se me notaba. Ya. Pero yo le tenía mucho miedo, pero de todos modos no podemos ocultar esto, no podemos, no se puede. Y yo, yo, en mi niñez, yo no sabía si era niño o niña, no sabía... me llevaban a cortarme el cabello y yo lloraba. Yo no quería que me cortaran el cabello, no me gustaba tener pelo corto desde... Yo todavía ni sabía nada del ambiente, de la comunidad, ni mucho menos; y sufría mucho porque mi papá nos llevaba fuerzas a cortarnos el

cabello, y el día que [...] me hizo que dispara un arma, yo lloraba y decía “no, tengo miedo, tengo miedo...” “¡Dispárale, dispárale!” a la pared del patio, atrás de la casa, y yo “no, no...”, lloraba... Pues en realidad yo tenía nueve años... Ni siquiera podía la pistola, pesan mucho, es horrible disparar un arma y pues me hizo que dispara y el impacto, el impacto me hizo retroceder, y me fui... Aventé el arma y me fui corriendo con mi mamá, llorando (§ 186).

Lucía tuvo su primer encuentro sexual a los 13 años. Fue con un hombre mayor que ella, y aunque la experiencia fue consensuada (cosa que evidentemente se podría poner en duda por razón de que ella no contaba con la edad suficiente como para consentir lo sucedido), la diferencia de edad y la situación la dejaron marcada. La situación fue relatada en los siguientes términos:

Yo andaba en la calle, caminando, y un señor como de 34 años, y yo tenía 13. Pues se hizo pasar por mi amigo, no me violó, pero me convenció y aunque yo había querido y que me hubiera convencido, es un delito legalmente hablando, yo tenía 13 añitos y [él] entre 33, 34... Entonces se hizo pasar por mi amigo, me invitó un helado, se portó muy bueno conmigo... Y, pues, de alguna forma yo tenía ganas del amor de mi progenitor, de, de hombre, porque mi papá no me dejaba que lo abrazara, no me dejaba que... “¡Hágase para allá!” Yo quería que mi papá me abrazara. Entonces, este señor me empezó a abrazar, me habló bonito, y pues caí. De ahí me fui corriendo a mi casa con miedo, me dolió. Nunca lo volví a ver, fue así, casual. Y llegué con mucho miedo a mi casa. Temblaba, mi corazón. Acelerado, el corazón... Llegué, este, a la casa, estuve, pues, con mucho miedo, como un día o dos, no me acuerdo bien. Y ya, como la semana, ya se me fue pasando, se me fue, y ya me empezó a gustar. Y así empezó todo (§ 232).

Así, pues fue en esa época cuando Lucía comenzó a descubrir que su identidad no coincidía con el género que le habían asignado al nacer; esto, a pesar de la fuerte imagen que se había construido de su padre y de su

postura respecto a la masculinidad. Poco después, a los 14 años, comenzó a tomar hormonas, algo que la ayudó a sentir que su cuerpo empezaba a reflejar mejor quién era en realidad. Su cuerpo cambió y con esos cambios llegó un sentido de alivio. Sin embargo, el miedo al rechazo siempre estuvo presente. Esto representó un hito en su historia vital y marcó el inicio de lo que ella reconoce como su *transición*. El siguiente testimonio explica cómo es que esto sucedió:

La transición es cuando [...] sabes por dentro lo que eres. Sólo que no ha *florado* porque no sales, no sabes. Yo conocía a una persona de la comunidad, a los 13 años; [...] era un amiguito que tenía y fue quien me aconsejó de las pastillas, las hormonas... Las cuales yo empecé a tomarlas a los 14 años, las pastillas, me acuerdo que eran Norinyl, de 28 días (son contraceptivas) y la perlutal y patector, inyecciones. A mí me llamó mucho la atención, porque, pues yo me sentía... Yo sinceramente, yo me sentía más mujer que hombre. Me decían por otro, por mi nombre, pero yo no lo sentía, no me gustaba. Y cuando yo empecé a consumir las hormonas inyectadas y tomadas, me empecé a sentir muy bien. Se me acomodó mi cuerpo, con la cintura, todo... Yo me empecé a ver más bonita de la cara. Me dejé crecer más el cabello y me fui viendo más bonita y más bonita. Y me gustó. Y yo creo que es la decisión de un cambio, una *metamorfosis*. [...] Tomas la decisión, te arreglas, te sientes bien y continuas (§ 192).

Ante los cambios detonados por el efecto de las hormonas, Lucía sabía que enfrentaría la desaprobación de su familia, especialmente de su padre. Sin embargo, a los 14 años se armó de valor y le confesó que le gustaban los hombres. Su padre inicialmente no reaccionó de forma violenta, pero poco después, al verla usando pulseras femeninas, la golpeó y la echó de la casa. Lucía se vio obligada a encontrar consuelo y apoyo en la comunidad trans y gay de Guadalajara. En sus palabras, esto se desarrolló de la siguiente manera:

Esta persona que yo conocí a los 14 años me dijo [...] “diles a tus papás”, este, “más vale que se enteren por ti, en vez que con otra persona”. Yo creo que mi papá ya sabía, por eso tantos tratos rudos. Mi papá estaba viendo la televisión, y ahí voy yo, como viejita, y me senté atrás de él y dije: “papá, quiero hablar contigo de algo”. “¿Qué, dime...?” Entonces ya fue cuando le dije “papá, a mí no me gustan las mujeres, no me gustan las niñas, me gustan los niños”. Y papá se quedó... Yo pensé que me iba a pegar, o algo. Y nada más me dijo, “pues yo lo único que te pido, que respetes a la casa y respetes a tus hermanos” (§ 192).

Y continuó...

Pues mi papá según [lo] tomó con calma, según. Yo creo que lo agarré de buenas. [...] Después yo llegué de una fiesta, [...] y llegué con pulseras, mi papá me arrancó la pulsera, me dio una bofetada y me corrió a la casa. Me dijo que no quería maricones, que él no, que [era lo que] más mal le caía, que no sé qué y “¡lárgate!” ... Pero con palabras muy groseras y me echó a la calle (§ 236).

Fue en ese entorno donde comenzó a rodearse de personas que, como ella, vivían fuera de las normas establecidas por la sociedad. Este ambiente le proporcionó un espacio donde podía comenzar a construir su identidad. En este proceso, el acercamiento con la naciente comunidad de *ambiente* lésbico-gay de Guadalajara, concretamente el GOHL (Grupo Orgullo Homosexual de Liberación), jugó un rol importante en la socialización y en el desarrollo de su identidad sexo-genérica. En este grupo “hacían concursos de belleza, clandestinos, porque no era permitido. Y ya empecé a conocer la vida, las reinas, se empezaban a disfrazar” (§ 317). Así, pues, desde esta naciente comunidad pudo conocer referentes respecto a cómo ser y cómo sobrevive una mujer trans.

...empecé a conocer a muchas [...] que trabajaban de travestis en Plaza del Sol, en el Sahara, este, imitaban a Amanda Miguel, a muchas artistas ya, se

transformaban. Y me fui metiendo, así, conociendo más amistades, y más, y más, y luego empecé a agarrar fama, y así, pues, me fui enrolando y aprendiendo cosas de ellas... (§ 317).

Lucía comenzó a trabajar en una estética, aprendió a cortar el pelo y a realizar tratamientos de belleza. Sin embargo, no permaneció mucho tiempo en ese trabajo. A mediados de la década de 1980, decidió mudarse a Tijuana en busca de nuevas oportunidades. Trabajó en diversos empleos en Tijuana, incluyendo restaurantes y bares y eventualmente encontró trabajo como bailarina en clubes nocturnos (el Bambi Club, el Sans Souci, el Molino Rojo y los Equipales § 58 y § 60). Estos trabajos le permitieron ganar dinero, pero también la expusieron a situaciones de discriminación y prejuicio. La vida nocturna, aunque le proporcionaba ingresos, también traía consigo riesgos y peligros.

A finales de la década de 1980, Lucía comenzó a cruzar con frecuencia la frontera hacia Estados Unidos. Tenía *novios* que la llevaban a Las Vegas, Los Ángeles y San Francisco. Como bien lo señala Lucía, por aquellos años "...era muy fácil pasar. Me llevaban del carro, me iba caminando por las casetas... Este, me tomaba unas margaritas y pues hablaba inglés bien y todo. Y ellos me llevaban y luego me enfadaba y me regresaba a Tijuana y así..." (§ 70).

Fue en esta etapa de su vida cuando conoció a Jimmy, un hombre italiano que se enamoró de ella. Jimmy no sabía que Lucía era trans y su relación estuvo marcada por el amor, pero también por la falta de honestidad. Cuando Jimmy descubrió la verdad, la relación terminó abruptamente. A pesar del dolor, Lucía recuerda a Jimmy como alguien importante en su vida, aunque lamenta no haberle dicho la verdad desde el principio. De esta relación, Lucía aprendió a sentirse "como una mujer real" (§ 78); a la vez que también experimentó lo que para ella fue más cercano a la aceptación de pareja y al amor.

Después de Jimmy, Lucía conoció a Robbie en San Francisco, el hombre que ella considera su gran amor. A diferencia de Jimmy, Robbie sí sabía que Lucía era trans y su relación fue intensa. Las siguientes palabras pue-



den tenerse como ilustrativas de esta relación y de lo que Lucía sentía por esta persona: “...él ha sido mi más grande amor de mi vida; Robbie. Vivimos juntos. De hecho, es el único hombre que yo he mantenido, que yo pagaba la renta, yo llenaba el refrigerador...” (§ 90). Vivieron juntos durante tres años, y aunque hubo momentos de felicidad, la relación estuvo marcada por las adicciones de Robbie, lo que eventualmente detonó en violencia física. Lucía, a pesar de su amor por él, tomó la decisión de dejarlo después de un episodio violento. Aunque fue difícil, sabía que no podía permitir que la violencia continuara.

Tras dejar a Robbie, Lucía regresó a Los Ángeles y permaneció ahí hasta mediados de la década de 1990, dedicándose a “...la vida fácil” (§ 110); es decir, el sexo-servicio; sin embargo, su estancia en Estados Unidos comenzó a mostrarle los peligros de la vida que llevaba. Pues, aunque experimentaba momentos de éxito y felicidad, también enfrentaba el constante riesgo de violencia y discriminación. Sobre sus éxitos, refirió los siguientes ejemplos: “...por esos días yo estaba muy bonita, me ponía mis moños, yo me iba con quien yo quería, no con quien me escogiera, yo escogía mis hombres. [...] Un día uno me regaló un collar de perlas...” (§ 114). “...700 dólares por estar conmigo, [...] me llegaron a pagar eso. Me da pena y no lo digo con orgullo, ni nada; pues todo eso, todo ese dinero se fue. Así como llega, se va” (§ 114). Y, en lo tocante a los riesgos, su testimonio hizo énfasis en el alcoholismo. Así fue como habló de ello:

Esa vida te va absorbiendo, te va jalando, te va jalando, te va jalando... Cuando menos piensas, ya estás en un pozo. Ya estás en un pozo, y ya toda alcoholizada... Entonces, pues ahí tomé la decisión, por mi pie me salí caminando de los Estados Unidos, me vine a San Ysidro, crucé la línea para Tijuana, en Tijuana tomé un avión para Guadalajara y ya me estuve con mi mamá (§ 114).

Es, pues, en este contexto, que decidió regresar a Guadalajara. Al llegar, fue recibida por su madre, quien la apoyaba incondicionalmente. En sus propias palabras, Lucía refirió esto de la siguiente forma: “Mi mamá me

recibió con mucho gusto, me dio de cenar, en mi mamá, en sus ojos yo veía el brillo de felicidad, porque mi mamá, pues, la labor de una madre es lo máximo” (§ 128). Sin embargo, poco después, su madre falleció de cáncer, lo que dejó a Lucía devastada. Su madre, quien era la persona que más la quería (§ 132). De ahí que matizara esta pérdida de la siguiente manera: “Desde que falleció mi madre, sentí que se me murió la mitad de mi vida. Era quien me protegía; era, pues, de alguna forma, era quien más me apoyaba” (§ 132).

Así pues, la muerte de su madre fue un punto de inflexión en la vida de Lucía. Con su partida, perdió a la persona que más la apoyaba. A pesar de este dolor, Lucía siguió adelante. Comenzó a trabajar en varios empleos, desde chef hasta agente bilingüe en Amazon, pero su vida en Guadalajara no fue fácil. Su familia, y especialmente su padre, la rechazaba; y la relación con ellos fue cada vez más distante. En 2008, su hermano, uno de los pocos que la apoyaba, también falleció, lo que profundizó aún más su sensación de soledad.

Ahora, 28 años después de la muerte de su madre y 16 después de la muerte de su hermano y viéndose en un momento vital mayormente marcado por la edad, Lucía volvió a Tijuana con la intención de migrar legalmente a los Estados Unidos. A este respecto, su testimonio desarrolla esta idea de la siguiente forma:

Ya no quiero felicidad, quiero tranquilidad [...] Lo que me quede de vida, estar a gusto. Ya no quiero tener la angustia de nada, ni pasar rabietas, ni nada. Quiero tranquilidad. [...] Anhela mi corazón, no hacerle mal a nadie y vivir con un corazón agradecido por Dios, con la vida, con el universo, con quien sea. Y no hacerle mal a nadie. Y al último, que me juzgué Dios (§ 419).

Es oportuno puntualizar que la cuestión, antes referida, de la edad, es un tema que podría ayudar a comprender la razón que impulsó a Lucía a migrar del país. Ejemplo de ello, es el momento en el que, en la entrevista, mencionó que conforme avanza la edad de las personas: “...todo se acaba, se te cae la nariz, se te caen las orejas, se te cae todo...” (§ 112). O bien, tam-

bién resulta ilustrativa la respuesta que ofreció a una pregunta en torno a qué palabras le incomodaban, cuando se referían a su persona; ya que ella señaló “...pues, cuando me dicen como persona mayor, como *doña*; no me gusta” (§ 17). Al explorar esta cuestión del envejecimiento de quienes se han dedicado al sexo-servicio; es decir, de quienes consideran a su propio cuerpo como su *empresa* (Hill, 2004), resulta ilustrativo considerar la idea de que “el sexo es el dinero de los pobres”, y que “el dinero, es el sexo de los ricos” (Hill, 2004, p. 87). Pues, dado este orden socioeconómico, tan marcado por la desigualdad, resultaría comprensible el pensar en un movimiento paralelo de devaluación, tanto de un cuerpo humano, como del dinero al que podría accederse con ese cuerpo al ejercer el trabajo sexual.

A lo largo de su vida, Lucía ha enfrentado múltiples situaciones de rechazo, discriminación y violencia. En su testimonio, relató, por ejemplo, cómo, en su juventud, la policía de Guadalajara la detenía, al igual que a sus amistades trans, simplemente por cómo vestían y cómo ciertos grupos de hombres atacaban a las personas trans en las calles. Este tipo de sucesos fue descrito de la siguiente forma:

Estábamos en un parque, se llama Parque Rojo y nos juntamos ahí todas; y llegaron, les decíamos los “madrea-locas”. Llegaban en camionetas con bates de béisbol, se bajaban muchos hombres, muchachos y a golpear a todas las dejaban sangradas, tiradas en la calle. Como, como he entendido, siempre he tenido la fortuna de que parezco una niña. Entonces, pues, yo le caminaba y no se animaban; a mí nunca me golpearon así, con bates, y todo, la verdad. Porque decían, ¿no?, “si le pegamos bien muchacha”, porque había mujeres que se juntaban con nosotros también [...], hasta amigos fingían que se morían para que ya no les siguieran pegando, era muy feo (§ 301).

Esto fue, pues como en el 85, 84 [...] ¡La alarma! Hacían fiestas clandestinas porque se tenían que hacer a escondidas [...] de repente llegaba la redada, la patrulla, casi tumban la puerta y todos, las redadas [...] Salíamos en *La Alarma*: “encontramos a *mujercitos*, a degenerados, depravados en sus fiestas”. ¡Ay! Era muy, muy, muy feo (§ 303).

Recuerda con detalle un episodio en el que la policía de Guadalajara la tiró al suelo, la esposó y la golpeó en la cabeza, rompiéndole un diente: "...me agarraron, me tumbaron al suelo, boca abajo, me esposaron, yo estaba muy niño, como unos 15 años..." (§ 307); "...empecé a llorar y me dieron una patada aquí en la nuca y me quebraron un diente con el pavimento; [...] [de esto, ni a] mi papá ni a nadie le dije, porque luego me iban a pegar otra vez" (§ 309). De igual forma, otro de los episodios más traumáticos de su vida ocurrió en 2017, cuando fue víctima de un ataque transfóbico. Mientras caminaba por la calle, una moto la embistió deliberadamente, dejándola inconsciente. El ataque la llevó a una serie de cirugías de emergencia y estuvo al borde de la muerte. Lucía fue sometida a ocho operaciones y pasó más de un mes en el hospital. "Yo no supe nada, me aventó una moto, nada más escuché que dijeron: '¡Pinche maricón!' Y de ahí ya no me acuerdo", relató (§ 365). No obstante, las secuelas físicas, que todavía afectan su vida diaria, Lucía sobrevivió. Estos eventos la marcaron, pero también la impulsaron a buscar otras estrategias de supervivencias, como lo es el caso de la migración.

Al abordar el tema de la migración y en particular, de lo que esto representa en su vida, Lucía evocó a San Francisco, la ciudad donde vivió algunos de los momentos más felices de su vida y que sigue siendo un lugar que asocia con la libertad y con la buena vida. Lucía sueña con regresar allí algún día, establecerse cerca del mar y vivir en paz. Ya no busca la felicidad, sino la calma que le permita disfrutar del tiempo que le queda. Atiéndase a su testimonio:

Yo estoy completamente enamorada de San Francisco. San Francisco es una ciudad tan bella para mí. En San Francisco yo conocí mi gran amor. [...] A Robbie. San Francisco me dio tantas, tantas alegrías. En San Francisco hay muchos derechos, los mejores abogados de la comunidad están en San Francisco. Hay mucha ayuda. De hecho, no sé si sea [verdad] o no sea, pero una persona me dijo que las cirugías plásticas están gratis para nosotras en San Francisco. Que todas, pues, se quiere operar el cambio, restirar la cara, la nariz, las bubis, lo que quieras: gratis. San Francisco nos defiende tanto. Hay

comunidades enteras de parejas gays. Los jueces en la corte son gays, los policías son gays. Casi todo mundo. Es la capital gay de América, yo creo. San Francisco, entonces, estás *como pez en el agua*. Ahí te arreglas como tú quieras. Nadie, ahí sí no hay discriminación de nada. Ahí eres libre, libre, completamente libre. Nadie te dice nada. Yo, me encantaría pasar mis últimos días ahí. A mí me encantaría. Quiero... (§ 419).

Desde la consideración de la vulnerabilidad, el relato de Lucía ofrece muchos temas y matices que dan cuenta de las experiencias vitales que le han marcado y han sido pauta de su historia personal. Judith Butler ha señalado que “...el cuerpo es un fenómeno social; es decir, que está expuesto a los demás, que es vulnerable por definición. Su persistencia misma depende de las condiciones e instituciones sociales...” (Butler, 2010, p. 57). Esta mirada teórica resulta relevante para considerar diversos temas relatados por Lucía, tales como la imagen de su padre, la expulsión de su familia, sus experiencias de pareja y sus oportunidades laborales. Y, más si se tiene en cuenta que “ser vulnerado no es estar vulnerado, sino la posibilidad de ser afectado por una acción que vulnera” (Osorio, 2017, p. 14). Lo cual, puesto en un contexto en el que, entre octubre de 2022 y septiembre de 2023, se denunció el asesinato de 321 personas trans y de género diverso, alrededor del mundo, de las cuales 52 fueron asesinatos ocurridos en México; es decir, que 16% de los asesinatos a nivel mundial, de personas trans, han ocurrido en suelo mexicano (Observatorio de Personas Trans Asesinadas, 2023); cobra tintes mayormente dramáticos.

Ante este panorama, Lucía ha desarrollado estrategias para enfrentar la discriminación. Uno de los recursos que más ha utilizado es la valentía. El valor para, *como los salmones, nadar a contracorriente* (§ 347). Así, su capacidad de enfrentar el rechazo y defender su identidad ha sido clave en su vida. Lucía ha aprendido a no permitir que la violencia o las burlas la definan. Aunque a veces se siente afectada por las miradas o los comentarios de los demás, ha desarrollado una fortaleza interna que le permite seguir adelante. Atiéndase a su testimonio:

Tener el valor. Tener el valor, porque, como le repito, yo siempre he tenido valor. Yo creo que saqué el corazón de mi mamá y el carácter de mi papá. [...] Es que he enfrentado [tantas cosas]... Como los salmones, a nadar entre la corriente. Y aprendí y poco a poco fui agarrando seguridad en mí y defendiéndome y defendiéndome mi postura, que no ha sido fácil, lo que he logrado (§ 347).

Sin embargo, esta idea del valor como estrategia de supervivencia, no solo fue planteado en términos individuales, sino también colectivos. Ejemplo de ello es la respuesta que Lucía ofreció ante una pregunta sobre quiénes eran sus aliados (en Guadalajara) cuando eran atacados por la policía. Lucía respondió lo siguiente:

¡Ah, claro! Había unos que eran muy buenos pa pelear, y también, pues, se aventaban a los golpes y todo. Pero no todas, [...] había hombres también, que eran los activos. Yo tenía un novio así... [...] Entonces a mí siempre pues él me defendía y él se peleaba y se agarraba hasta dos, tres al mismo tiempo (§ 315).

Como se puede apreciar, dentro del mismo colectivo había personas que les repelían las agresiones de las redadas de la policía. En su relato se puede ver el énfasis en el género como una variable clave para ubicar lo masculino, como lo capaz de ejercer la violencia. Sin embargo, en este caso se trataba de personas masculinas aliadas *acuerpando* (Patiño, 2023) al colectivo. Esto, partiendo de la premisa de que acorpar “es un acto de acoger la indignación y el dolor de unos cuerpos, así como la alegría y la dicha; un acoger en la pluralidad, en la certeza de que [el otro] es una/un diferente a mí” (Cabnal, 2019, citada en Patiño, 2023).

Un segundo recurso del que Lucía ha echado mano, es la esperanza de encontrar un lugar donde pueda ser ella misma, libre de las expectativas y los juicios de los demás. No obstante, los desafíos que ha enfrentado, Lucía expresó sueños y aspiraciones a futuro. Esto es lo que dijo al respecto:

Yo sí, [...] y lo digo abiertamente, yo tengo muchos sueños a mi edad. Quiero tener un negocio, quiero tener otra pareja, quiero tener un carro... Quiero muchas cosas, quiero vivir cerca de la playa, sentarme a la orilla del océano, ver el atardecer y pensar en toda mi vida, quiero tranquilidad, a gusto... Pero sí quisiera tener una pareja, un negocio. Sí, arreglarme y todavía así, bien, pues... Es sí, no sé si lo logre, pero tengo ese sueño. La gente que ya pierde los sueños, ya lo perdiste todo (§ 423).

Así, pues, la historia de Lucía es un relato de vulnerabilidad y resistencia. Es un relato sobre cómo los prejuicios sociales y la intolerancia hacia las mujeres trans reproducen una cadena de vulnerabilidad social que afecta sus vidas. El testimonio de Lucía expone diversas expresiones de rechazo, discriminación y violencia que experimentan las personas que desafían las normas cis-heteronormativas, revelando cómo estos actos de intolerancia se tornan en prejuicios que, en algunos casos, detonan perjuicios contra quien pretende revelarse a la *heterosexualidad compulsiva* (Rich, 1981), o al *panóptico heterosexual* (Espinosa, 2007: 111).

No obstante, el autor que habla sobre religión y no sobre género, la cita de Leonardo Boff (2003), puesta a manera de epígrafe del presente capítulo, ilustra cómo es que el pensamiento intolerante desencadena el desprecio hacia quienes no encajan en las expectativas convencionales, lo que a su vez, genera violencia y agresiones. En el caso de Lucía, esta violencia no solo proviene de su entorno familiar, sino también de la sociedad. ¿Qué se puede hacer al respecto? Lucía refiere que la educación es una importante vía en el camino a la consideración del otro. Desarrolla esta idea en los siguientes términos:

La ignorancia y el machismo van de la mano, para mí. Porque todos somos iguales. El hombre puede barrer, trapear; la mujer puede trabajar... [...] Por ejemplo, en Estados Unidos no hay discriminación, o sea, sí hay, pero [...] menos... Pero aquí la gente todavía está muy a la antigua, allá en Guadalajara, menos. [...] Yo creo que debería de haber más información sobre nosotras. La

verdad, debería de haber. En los medios de comunicación, no sé, que hubiera más, que se anunciara más, que se dijera más; para que la gente lo empiece a ver más normal, porque, pues, de alguna forma así somos. Y no... Hasta la muerte, así vamos a ser (§ 377).

Asimismo, el relato de vida de Lucía pone de manifiesto cómo la pobreza, la vulnerabilidad social y la falta de oportunidades empujan a las personas trans a situaciones de mayor riesgo, como la migración, el trabajo sexual y la exposición a violencia física y simbólica. Sin embargo, y aún con todas estas adversidades, la historia de Lucía invita a seguir nadando *contra corriente, como los salmones*; y a no perder los sueños, porque de otra manera, “ya lo perdiste todo” (§ 423).

Yo creo que en un mundo perfecto de humanos vulnerables y de nuestra condición humana y eso, pues nunca vamos a llegar a la perfección. Y vamos, este mundo está lleno de cosas; siempre hay adversidades. Cuando arreglas un problema, viene otro y otro, y otro... Malo cuando se te juntan. Entonces, [es importante] saber desafiar, esquivar las adversidades y, este, y tener una visión, una meta para llegar a donde tú quieres llegar. Eso. Eso, yo creo... (§ 425).

## Referencias

- Boff, L. (2003). *Fundamentalismo. La globalización y el futuro de la humanidad*. Editorial Sal Terrae.
- Espinosa, S. (2007). *Madres lesbianas. Una mirada a las maternidades y familias lésbicas en México*. EGALES.
- Foucault, M. (2005). *Historia de la sexualidad*. Volumen 1, La voluntad de saber. Siglo XXI.
- Hill, R. (2004). *El cuerpo como empresa. Los sexi-servidores. Nuevos paradigmas de lo social, tal cual*. Grupo Editorial Lumen.
- Observatorio de Personas Trans Asesinadas. (2023). *Actualización global del monitoreo de asesinatos Trans 2023*. <https://transrespect.org/es/trans-murder-monitoring-2023/>



- Osorio, Ó. (2017). Vulnerabilidad y vejez: implicaciones y orientaciones epistémicas del concepto de vulnerabilidad. *Intersticios Sociales*, 13, 1-34. <https://doi.org/10.55555/IS.13.112>
- Patiño, D. M. (2023). La lucha feminista de Juana Julia Guzmán. *Estudios Sociales* 84, 41-57. <https://doi.org/10.7440/res84.2023.03>
- Rich, A. (1981). *Compulsory heterosexuality and lesbian existence*. Only Women Press Ltd.